

REAL ACADEMIA CANARIA DE BELLAS ARTES
DE SAN MIGUEL ARCÁNGEL

**AGUSTÍN MILLARES TORRES,
COMPOSITOR Y MUSICÓGRAFO**

Discurso del Académico electo
LOTHAR SIEMENS HERNÁNDEZ

leído el día 8 de junio de 1984
con motivo de su recepción.

Y contestación de
LOLA DE LA TORRE



SANTA CRUZ DE TENERIFE

1 9 8 9

**AGUSTÍN MILLARES TORRES,
COMPOSITOR Y MUSICÓGRAFO**

*REAL ACADEMIA CANARIA DE BELLAS ARTES
DE SAN MIGUEL ARCÁNGEL*

**AGUSTÍN MILLARES TORRES,
COMPOSITOR Y MUSICÓGRAFO**

Discurso del Académico electo
LOTHAR SIEMENS HERNÁNDEZ

leído el día 8 de junio de 1984
con motivo de su recepción.

Y contestación de
LOLA DE LA TORRE



SANTA CRUZ DE TENERIFE

1 9 8 9

© Copyright: Lothar Siemens Hernández y Lola de la Torre, 1989

Impreso en España

Printed in Spain

I.S.B.N.: 84-600-7190-1

Depósito Legal: V. 2.163 - 1989

ARTES GRÁFICAS SOLER, S. A. - LA OLIVERETA, 28 - 46018 VALENCIA - 1989

DISCURSO
DE
LOTHAR SIEMENS HERNÁNDEZ

SEÑORES ACADÉMICOS:

DESEO en primer lugar agradecer a los muy ilustres señores miembros de la Real Academia de Bellas Artes de San Miguel Arcángel de Canarias la deferencia que han tenido para con mi persona al elegirme como miembro numerario de la misma, honor al que espero corresponder contribuyendo cuanto pueda a las tareas de fomento y progreso en nuestras Islas de las artes en general y de la música en particular. Asimismo quiero expresar mi más honda satisfacción por la presencia e intervención en este acto de mi querida maestra Lola de la Torre, quien me abrió los ojos al mundo de la musicología y quien supo trazar, con certeros consejos, el rumbo de mis estudios y de mis primeras investigaciones.

Un acto solemne como el de hoy bien merece un tema relevante, y por ello nada me ha parecido mejor para esta ocasión que recordar a una de las personalidades artísticas canarias que más he admirado y admiro: la de nuestro ilustre investigador y polígrafo romántico Agustín Millares Torres, en cuyas facetas de compositor y musicógrafo, hasta hoy muy poco ponde-

radas, voy a centrar mis palabras. La ingente obra de Millares Torres como historiador y novelista ha eclipsado en la memoria de las subsiguientes generaciones esas otras dedicaciones y tareas musicales suyas, que fueron sin embargo las primordiales de su vida, y en las que desempeñó un papel en verdad fundamental al servicio del arte y de la cultura en la isla de Gran Canaria, legándonos además con sus creaciones un patrimonio digno, si bien hoy injustamente olvidado. Pero en esto, Millares Torres no es una excepción, sino desgraciadamente sólo un eslabón más en la constante cadena de olvidos para con la obra de nuestros artistas del pasado.

I

Agustín Millares Torres nació en el seno de una familia de músicos. Sus antecedentes artísticos se remontan a la gran personalidad de su abuelo, Cristóbal José Millares, nacido en 1774 en Las Palmas y educado musicalmente a partir de 1786 en el colegio de San Marcial, institución creada entonces para la formación de los mozos de coro de la catedral. Fue toda su vida músico profesional de la capilla catedralicia de Las Palmas, en la que destacó como violinista, violoncelista y, finalmente, como notable organista. Junto al órgano de la catedral permaneció después de disuelta la capilla en la tercera década del siglo XIX, ostentando tal cargo hasta su fallecimiento en 1846. Además de instrumentista, Cristóbal José Millares fue un destaca-

do compositor del que conservamos un buen número de muestras creativas. Hombre alto, grueso y de mal genio, hubo de luchar contra adversidades y desengaños cuyos pormenores conocemos no sólo a través de las sucintas biografías que de él nos legó Millares Torres, sino también tras las notables aportaciones de nuevos datos publicados posteriormente por Lola de la Torre.

A Cristóbal José Millares le sobrevivieron una hija, Luisa, y dos hijos, ambos músicos: Cristóbal, que fue un destacado virtuoso de la guitarra, y Gregorio, violoncelista, cuyo hijo mayor fue nuestro músico, novelista, poeta e historiador de Canarias. El viejo Cristóbal José Millares vivía entonces en Vegueta en una casa de la calle de la Gloria (hoy calle de Agustín Millares) capaz de albergar cómodamente a más de una familia. Allí vivía con él su hijo Gregorio después de casado, y allí nació, por lo tanto, Agustín Millares Torres el 25 de agosto de 1826. Fue el mayor de siete hermanos que le siguieron con gran rapidez. Al acrecentarse de esta forma la familia de Gregorio Millares, éste decidió mudarse a una casa situada en la calle de la Carnicería, en la que Millares Torres vivió ya desde niño. Disuelta la capilla de música catedralicia, de la que era miembro, don Gregorio hubo de sustentar a su familia con el producto de algunas copias que sacaba como escribiente, acrecentándolo con lo poco que ganaba tocando el violoncelo en entierros, misas y novenas. No obstante esto, durante los oscuros años treinta del pasado siglo, este músico entusiasta, con otros instrumentistas de su generación, se reunía a

tocar privadamente los tríos, cuartetos y quintetos de Haydn, Mozart y Beethoven, repertorio entonces casi desconocido en España.

Nuestro Agustín Millares Torres crecía lleno de admiración siendo testigo de estas músicas centroeuropeas. Su vocación literaria, sin embargo, irrumpió a los once años con verdadera vehemencia: entonces asistía a unas esporádicas funciones de teatro en cuyos intermedios su padre intervenía tocando el violoncelo en la pequeña orquesta, y nuestro joven artista formó con sus amigos una "sociedad" para representar las mismas obras que veían, arregladas por él. Leía además cuanto podía. En 1939 comienza su bachillerato en el Seminario Conciliar y, al mismo tiempo, privadamente, tras haber aprendido a solfear con su padre, empieza a aprender el violín. Un año después se inicia también en el dibujo artístico en la academia de don Silvestre Bello, siendo uno de sus primeros trabajos la copia de un retrato del compositor Bellini, uno de los dioses musicales de su padre, quien colgó emocionado el cuadro en un lugar noble de su hogar.

Durante su bachillerato cultiva profusamente la poesía y la literatura, pero también continúa su formación musical al lado de su padre. En 1840-41 se formó una banda militar con instrumentos traídos de Cádiz y le dan un requinto de clarinete, que aprende a tocar con facilidad, integrándose en el conjunto. Si bien su padre Gregorio fue por entonces alma organizadora de la vida musical isleña, las tareas de dirección se encomendaban al músico y notario don Manuel Sánchez, que era compositor. Tanto el viejo Cristóbal José

Millares como su colega y adversario Benito Lentini, máximas autoridades musicales de entonces, permanecen en cierto modo marginados de estos movimientos filarmónicos. Sánchez compuso algunas marchas y pasodobles para la nueva banda, y Agustín Millares Torres escruta con curiosidad estas partituras; pregunta sobre la forma de componer y Sánchez le responde con evasivas; analiza minuciosamente estas obras en su casa y, poco después, en 1842, compone un “Pasodoble en fa” que ejecuta la banda de la milicia con gran sorpresa de Sánchez, quien, según nos dice el propio Millares, *hacía un misterio de las reglas del contrapunto*. Nuestro joven músico, mientras tanto, había estudiado por sí solo la composición en las obras teóricas de Reicha, Fetis y Kastner.

Continúa nuestro artista progresando también en el violín, para el que compone además en ese mismo año tres juegos de variaciones: dos sobre tema original y otras, arregladas luego para cuarteto de cuerdas, sobre un tema de “El solitario” de Eslava, obras éstas que se conservan aún en su archivo musical. Y ya entonces comienza a reunir su patrimonio: lo primero fue un roperito de pinsapo para guardar sus libros, mueble que costó con las primeras pesetas que ganó por entonces tocando el violín en Teror en las fiestas de la Virgen del Pino. Porque la literatura era su pasión: también escribe por entonces varias novelas y poesías y aprende rápidamente el francés para poder acceder a la biblioteca francesa que poseía don Manuel Sánchez, la cual, según sus propias palabras, “devora” con frenesí.

Entre 1843 y 1845 compone una "Serenata en mi bemol" para cuarteto de viento, unas "Variaciones para clarinete y orquesta de cuerda", unos "Valses a grande orquesta" y un "Dúo de violín y violoncelo" que ejecutaba él mismo con su padre, en cuya casa se hacía música de cámara todos los días. En 1845, concluido su bachillerato, se funda la Sociedad Filarmónica de Las Palmas en el seno del Gabinete Literario, cuyo secretariado desempeña nuestro joven artista con diligencia. Gregorio, su padre, aglutinador de los instrumentistas de cuerda, es el vicepresidente de la Sociedad. Lentini es nombrado director, seguramente a título honorífico, pues quienes desempeñan la tarea son el vicedirector don Manuel Sánchez y el propio Agustín Millares Torres. En el primer concierto público, celebrado el 6 de noviembre de 1845, entre sinfonismos y oberturas interpreta su tío Cristóbal a la guitarra una gran sonata de Fernando Sors, y se ejecuta también la "Serenata para viento" de nuestro joven compositor. En uno de estos conciertos iniciales de la Sociedad se atrevieron incluso a tocar la "Sinfonía en re" de Beethoven.

En ese mismo año de 1845, cuando aún no se había redescubierto en España la zarzuela, compuso Millares Torres su primera obra lírica de este género: "Un disfraz", cuyo texto y música escribió para dar una sorpresa a sus padres, la que llevó a efecto en su casa, con sus primos y hermanos, el 4 de octubre. Se representó y cantó la obra bajo su dirección, causando un emocionante impacto entre sus familiares y amigos, y al domingo siguiente se repitió la función en

casa de don Cristóbal José Millares, quien, encontrándose gastado de salud, apenas salía ya a la calle. Dice Millares Torres que su abuelo *quedó muy complacido*. Es curioso que éste, habiendo sido tan gran músico como notable compositor, no tutelara en absoluto los estudios musicales de Millares Torres, quien aprendió a componer no “con” don Manuel Sánchez, sino “a pesar de” don Manuel Sánchez. Se ve que apenas frecuentaba a su abuelo, tal vez debido al agrio carácter de éste en sus últimos años. En la sucinta biografía que de él escribió, nos cuenta que, habiendo hecho adelantos en el estudio del piano, fue llevado a la presencia del septuagenario don Cristóbal José para que le escuchase (debió esta escena ocurrir entre 1844 y 1845). Tocó Agustín su pequeña pieza, y su abuelo, haciéndole levantar, arrojó el papel al suelo, se sentó al piano y repitió toda aquella música de memoria sin omitir una sola nota. Cuando en marzo de 1846 fallece el viejo compositor, poco impacta el óbito a su nieto, quien ni siquiera consigna el hecho en su cuaderno de “Notas y recuerdos”.

En ese año concluía Millares Torres sus sobresalientes estudios en la escuela de notariado de Las Palmas y, culminados éstos, su padre, entusiasmado con el talento musical del muchacho y enardecido por el prócer don Jacinto de León, decide sacrificarse y enviarlo al Conservatorio de Madrid, *sin tener en cuenta* (nos dice Millares Torres) *que la carrera musical era entonces la más ingrata que podía seguir un joven, pues ni existía ópera nacional, ni zarzuela, ni conciertos clásicos, ni capilla de música en las catedrales, ni más*

porvenir que el violín de fila en un teatro o el de maestro de solfeo y piano en algún rincón de España.

II

Los pormenores de la historia musical española correspondientes a la época que abarca la infancia y juventud de Millares Torres son muy poco conocidos. De esta manera, la minuciosa parte de su diario referente a la época en que estudió en el Conservatorio de Madrid constituye, por la cantidad de detalles que en él vierte sobre la vida musical en la Corte, una fuente primordial, a través de la cual se desmienten varios tópicos que todavía circulan sobre el desconocimiento en España en esa época de los clásicos centroeuropeos, la poca afición en nuestro país a la música instrumental y de cámara, etc., etc.

Don Gregorio Millares, cuya pasión por la música no tenía límites, imaginando ver en su hijo a un nuevo Mozart, decidió arrostrar las mayores privaciones y embarcó a su hijo Agustín hacia la Corte el 26 de octubre de 1846 en el velero mallorquín "Diligencia", acompañando a don Jacinto de León, quien se ofreció a proteger al muchacho en Madrid. Fue un viaje accidentado y largo, que concluyó no en Cádiz, como estaba previsto, sino en Barcelona el 10 de diciembre siguiente. Allí tuvo ocasión nuestro músico de presenciar en el teatro una obra de Donizetti, cuya ejecución juzga muy inferior a lo que esperaba. Sale a los pocos días en diligencia hacia Madrid vía Zaragoza, donde se

detiene a ver la ciudad, y llega por fin a la Corte en la madrugada del día 18, hospedándose en la calle del Olivo n.º 36, en donde residían otros paisanos canarios. Le recibe y acompaña Antonio Monteverde, un antiguo discípulo suyo de violín, y frecuenta con éste y con Juan E. Doreste la casa de don Jacinto, cuya señora, doña Casta Barreda de León, se había constituido en protectora de todos los canarios.

En la noche del día 20 de diciembre acude a la tertulia que se celebraba en casa de don Jacinto, y doña Casta le presenta al maestro Sebastián Iradier, notable compositor y profesor de solfeo en el Conservatorio. Éste, al día siguiente, le recibe allí y le instruye sobre su ingreso en dicho centro; pero es época de vacaciones navideñas y ha de esperar hasta enero. Aprovecha los días para visitar monumentos, los museos de pinturas y esculturas, los teatros y acudir a la tertulia de don Jacinto. Éste le lleva un día a casa de la pianista María Martínez, quien le asombra con sus brillantes ejecuciones, y allí conoce también a la notable pianista y compositora Paulina Cabrero, quien asimismo ejecuta para él alguna pieza de su composición.

El 3 de enero acude por vez primera, en compañía de don Jacinto de León, a la tertulia del exministro don Juan Gualberto González, donde se ejecutaban cuartetos de Beethoven, Mozart y Haydn, comprometiéndose a tomar parte en ellos, como así hizo a partir del 13 de enero tocando tanto el violín como la viola. Ya le tenemos, pues, introducido en lo más granado del mundillo musical madrileño, donde, como vemos,

si se conocía a los clásicos y se hacía música de cámara. A los tres días de este debut anota consternado la noticia del fallecimiento en Cádiz del compositor tinerfeño Eugenio Domínguez Guillén, la cual fue comentada con mucho pesar en la Corte.

El 24 de enero se realiza su examen de admisión en el Conservatorio. Componen el tribunal Baltasar Saldoni, Dionisio Aguado y el director, cargo semipolítico que desempeñaba a la sazón Martínez Andrade. Es admitido, y a partir de febrero estudia oficialmente el violín con José Díez y la composición con Ramón Carnicer, acudiendo además de oyente a las clases de piano de Pedro Albéniz y a las de canto que impartía Baltasar Saldoni. A Díez y Carnicer es introducido por Francisco Frontera de Valldemosa, compositor y maestro de música y canto de las Reales Infantas, a quien iba Millares recomendado. Podemos ver, pues, que nuestro músico no sólo tuvo los mejores maestros que por entonces había en España, sino que frecuentaba el trato con las personalidades musicales más relevantes de la Corte. Ya el 22 de febrero protagoniza en casa de su paisano el Sr. Bello un recital de violín ante numerosa concurrencia.

Acude en toda esta época no sólo a las funciones públicas de cuantas óperas y conciertos se daban en Madrid, sino también a los ensayos. Pero no abandona por ello sus aficiones literarias, que continúa cultivando con fruición. El 30 de mayo de 1847 realiza con brillantez sus exámenes de violín y composición en el Conservatorio, recibiendo muchos elogios del director y de los profesores; en junio los revalida y finalmente



1. Agustín Millares Torres (Las Palmas de G. C., 1826-1896)

Abnegacion

Opus. entreacto, letra y musica de B. Millares

Partitura

Preludio Nº 1º

The image shows a handwritten musical score for the prelude of the opera 'Abnegacion'. The score is written on multiple staves. At the top, it is titled 'Abnegacion' and 'Partitura'. Below the title, it says 'Opus. entreacto, letra y musica de B. Millares' and 'Preludio Nº 1º'. The score includes staves for various instruments: Flauto (Flute), Oboe, Clarinetto (Clarinet), Fagotto (Bassoon), Corni (Horns), Trombe (Trumpets), Tromboni (Trombones), and Timpani (Drums). There are also staves for the vocal parts, labeled 'Voces' (Voces) and 'Vocali' (Vocali). The music is written in a key signature of one flat (B-flat) and a 2/4 time signature. The notation includes various musical symbols such as notes, rests, and dynamic markings.

2. Primera página de la partitura de la ópera "Abnegación", de Agustin Millares Torres

toma parte en el concierto dado por los alumnos del centro, tocando tanto la viola en un septeto como el violín principal en un cuarteto de Mozart.

En ese verano llegó a Madrid desde Las Palmas el Conde de la Vega Grande, cuyos dos hijos estudiaban en la Corte y se hospedaban en el mismo sitio que Millares. Tomó esta familia mucho afecto a nuestro músico, a quien convidan a la ópera y piden su colaboración como profesor de música cuando regrese. A este respecto, Millares consigna en su diario de 1847: *Septiembre 21: Di mi primera lección de arpa para luego poder enseñar este instrumento a Pilarito del Castillo*, lo cual, de hecho, llevaría a efecto años más tarde.

Al llegar el mes de octubre se inaugura el nuevo curso del Conservatorio con un concierto de los alumnos en el que se tocó la "Sinfonía en la" de Beethoven. A partir de estas fechas, y para aminorar sus gastos, suele tocar el violín en la orquesta del Teatro Real, habiendo sido la primera vez bajo la dirección de Bonetti, con música de Rossini. Al mismo tiempo aprendía en el Conservatorio el piano, el canto, el arpa, el violín, la armonía y la composición. En noviembre se organiza un gran concierto en el Conservatorio, con la presencia de Sus Magestades, en el que interpretan los alumnos obras de Weber, Glinka, Haydn, Schubert, etc. Al "Scherzo" de Glinka lo clasifica de *magnífico* en su diario; estos repertorios del Conservatorio nos demuestran que la enseñanza musical en España no estaba entonces ni tan atrasada ni tan supeditada a lo italiano como se viene repitiendo.

El 17 de julio de 1848 fallecía en Las Palmas el padre de nuestro músico, tras corta dolencia. Agustín Millares sólo recibe la noticia en agosto. Doña Casta Barrera, que se hallaba en El Escorial, le manda a buscar y lo atiende en su desconsuelo con gran afecto, al igual que todos sus amigos. Allí conoce a Amador de los Ríos, con quien mantendría años después breve correspondencia a propósito de sus investigaciones. Hace en ese momento recuento de su situación: había aprovechado muy bien el tiempo; dejaba escritas, según relaciona, una novela, varias poesías, el primer acto ya orquestado de una ópera ("Adalmina") corregido por Carnicer, piezas sueltas para violín, arpa, piano y canto, algunos artículos literarios e histórico-artísticos publicados en *El Heraldo*, en *El Museo de las Familias* y en *El Semanario Pintoresco*, y un gran artículo sobre Las Palmas que se publicó en el "Diccionario Geográfico" de Madoz. Olvida consignar en este recuento dos obras musicales de cierta envergadura: una "Fantasía en la bemol mayor para trompeta solista y orquesta", escrita y fechada en 1847 y dedicada a su amigo y colega Antonio Gonçalves, y "La sorpresa: vals para banda militar", dedicada a su amigo canario en Madrid Juan Doreste para solemnizar el día en que éste se graduó en leyes.

Comprendiendo que su madre y hermanos quedaban en el mayor desamparo al haber fallecido don Gregorio, Agustín Millares regresa inmediatamente a Canarias, tomando la diligencia para Cádiz a mediados de septiembre. Vuelve a tener un viaje accidentado, en el que incluso naufraga el barco al salir de la Penínsu-

la, y por fin llega a Las Palmas el 12 de octubre vía Santa Cruz de Tenerife. Sus hermanos acuden al puerto a abrazarlo; Millares escribe en su diario: *Todos me esperaban como si les trajera la salud y la fortuna. ¿Qué traía yo? Esperanzas, confianza en Dios y firmísima voluntad de trabajar. La batalla de la vida había comenzado.*

III

Durante los dos años en que Millares Torres estuvo ausente, la actividad filarmónica se dilató gracias al entusiasmo sin límites de Gregorio Millares, verdadero aglutinador y animador de la música, quien compartía con Manuel Sánchez la tarea de dirigir la orquesta de la Sociedad Filarmónica. Al fallecer el primero, Sánchez se relegó a su oficio de notario, y hubo una dispersión general, atenuada sólo por la dedicación musical de don Melquiades Spínola y de un cuarto personaje, en el que conviene que nos detengamos por un momento: me refiero al presbítero Narciso Barreto, natural de Telde, probable discípulo de órgano de Cristóbal José Millares, suplente en todo caso de éste durante su enfermedad y tras su fallecimiento y asiduo participante, con su espléndida voz de tenor, en los conciertos filarmónicos de los años cuarenta. Don Narciso Barreto siguió aglutinando a los músicos sólo para las funciones religiosas solemnes de la catedral, y para éstas asumió él mismo la dirección de la siempre improvisada orquesta por lo menos

hasta 1852, en que, habiendo obtenido un beneficio incompatible con tales funciones musicales, abandonó éstas.

Millares Torres llegó, pues, a Las Palmas y vio con consternación cómo al faltar su padre, soporte entusiasta de la Filarmónica, ésta casi se había hundido. Pero lo primero era sacar a la familia adelante, para lo cual se vio arropado inmediatamente: nada más llegar, el Gabinete Literario le nombró "Socio de mérito", y muy pronto, se vio requerido por numerosas discípulas de piano. Imaginamos que llegó entonces a figurarse que todo se debía sólo a su talento; pero años después, a la vista de amargos acontecimientos, comprendería de otra manera este rápido éxito inicial y lo explicaría en su diario con la siguiente frase: *todo en este país lo hacen la moda y la novedad*. Ya en 1849 es nombrado además profesor de solfeo del Seminario Conciliar y del Colegio de San Agustín, en cuyos bancos se iniciaría con Millares en el entusiasmo por la música el jovencísimo Benito Pérez Galdós, cuyo temprano interés por este tema es ya bien conocido. Merced a estos cargos y a sus numerosas alumnas, nuestro músico podía en 1850 sostener con decoro a toda su familia.

Pero no todo lo hacía por interés. Desde el año anterior comienza con entusiasmo a revitalizar la obra de su padre: al socaire de la Filarmónica, abre una academia gratuita de solfeo e instrumentos de cuerda y aire, con el objeto de formar nuevos músicos para las futuras posibilidades de la orquesta y, al mismo tiempo, comienza a reorganizar ésta en base a los

restos de la que seguía funcionando en el Gabinete. Pronto los jóvenes instrumentistas comienzan a estar capacitados y, el 6 de diciembre de 1849, aprovechando el paso de una compañía de cómicos por Las Palmas, organiza con éstos una función especial destinada a recaudar fondos para traer música y comprar instrumentos para la orquesta. Para esta ocasión escribe y estrena su comedia *Una coqueta*, y además ensaya y estrena, con los músicos aficionados y sus discípulas y discípulos, el primer acto de su ópera "Adalmina". Cubrió sus objetivos, pero consigna apenado en su diario que por todo este esfuerzo gratuito no recibió recompensa material ni moral alguna: nadie se acordó de darle ni las gracias.

Al mismo tiempo, había conseguido reorganizar la Banda de la Milicia, cuya dirección asumió, y continuó batallando gratuitamente para conformar una orquesta sinfónica. En 1850 estrena en el Gabinete Literario y dirige su Obertura "La violeta" y, con la colaboración de los alumnos de San Agustín, su "Himno a Cairasco". Por otra parte, comienza a colaborar con la Catedral componiendo algunas obras religiosas: un "Padre nuestro" y una "Letanía". En el magno templo le casa ese año el presbítero-músico Narciso Barreto con Encarnación Cubas Báez. Aparte de la música, continúa cultivando también en esta época su dramática vena literaria.

1851 es el año del cólera. Huyendo de la epidemia, se instala durante unos meses en los Trapiches de Arucas. Al regresar se encuentra que la mayoría de sus alumnas no le frecuentan: unas, por guardar luto;

otras, por continuar fuera de la ciudad. Esto le conduce a una situación económica angustiosa, de la que tardará algún tiempo en salir. Es la época en que compone su primera "Misa en fa para coro a 3 voces y orquesta", que se estrena en el oficio de acción de gracias por el fin de la epidemia que tuvo lugar en la parroquia de Santo Domingo el 8 de diciembre de aquel año. Durante la epidemia había fallecido su gran amigo Juan E. Doreste, dejando a su viuda sin recursos; para ella se organizó en 1852 un Colegio de Señoritas del que fue nombrado profesor de piano, canto y solfeo Millares Torres, lo que supuso un alivio más para un estrecha economía. En noviembre de este último año estrenaría en San Francisco su gran "Invitatorio de difuntos", en el marco de los funerales organizados en memoria de los socios del Gabinete Literario fallecidos por el cólera; esta obra contenía un notable solo de clarinete, que fue ejecutado magistralmente por don Manuel Rodríguez, según consigna Millares en sus recuerdos. En ese mismo año, con motivo del decreto de la división de la provincia, estrena también con la banda militar un himno conmemorativo y varias marchas y valeses, y además entra a formar parte de la redacción de *El Porvenir*, el primer periódico que se imprimiría en Las Palmas, dando comienzo a una intensa etapa de trabajo periodístico y literario, que luego incrementaría colaborando en *El Canario* en 1854 y en *El Ómnibus* a partir de 1855.

En 1853 continúa acrecentando la orquesta, siendo de destacar el gran concierto por él dirigido el 25 de

abril. Al año siguiente, el 17 de julio, con motivo de las fiestas del Carmen, estrena su segunda misa, la "Misa en do" a 3 voces y gran orquesta, y en 1855 va a constatar los resultados de su larga siembra: observa los grandes adelantos de sus discípulos y el creciente desarrollo de la orquesta, y entonces decide dar un espectáculo en el que se luciera toda su labor. Escribe el libreto y compone y orquesta la música de un fino disparate cómico, la zarzuela "Elvira", que es estrenada por sus discípulos y su orquesta el 24 de octubre en el Gabinete Literario con éxito arrollador: se dieron once funciones y ello reportó a la institución más de 15.000 pesetas de beneficio. Su dolor es muy grande cuando ve que la institución se guarda los dineros *sin que a nadie se le ocurriera* –*escribe en su diario— premiar al autor de todo con un beneficio, una corona o una joya*. Este disgusto le hizo recapacitar de tal manera, que decidió desvincularse del Gabinete y asumir con cierta autonomía las tareas musicales. No imaginaba las amargas consecuencias que acarrearía esta decisión a su vida profesional.

Millares Torres ensayaba por entonces la banda militar en unas dependencias del antiguo convento de Santo Domingo. Decide, pues, erradicar a la orquesta de la Sección Filarmónica del Gabinete Literario y llevársela a los locales de la banda, que acondiciona convenientemente para hacer de ellos la sede de la Sociedad Filarmónica. Redacta nuevos estatutos y, en unión de sus incondicionales, da vida independiente a este movimiento musical, como continuación del que había fundado su padre diez años antes en el Gabinete

Literario y del que él había sido secretario. Fue nombrado director, organizador y compositor gratuito, y púsose inmediatamente a preparar el primer concierto público. Tuvo éste lugar en dicho salón el 16 de diciembre del mismo año de 1855, y en él permitió que se lucieran gran número de solistas, tanto cantantes como instrumentistas.

Al año siguiente comienza a notar con consternación los efectos de una guerra sorda, pero implacable: en mayo de 1856 estrena "Pruebas de amor", nueva zarzuela *de mayores proporciones y de música más escogida* que la anterior, cuyos ensayos tienen lugar en el Colegio de Señoritas; no obtiene más recompensa que *algunos estériles aplausos*. Entonces se da cuenta de que también ciertas familias le han retirado la confianza: *Las discípulas* (escribe) *aumentaban o disminuían según los caprichos de las familias, no bastando a cubrir mis crecientes necesidades. Cuando se iban al campo no me pagaban, y algunas me debían muchas mensualidades, que yo no me atrevía a reclamar*. Advier-te este viraje de la fortuna justo cuando había culminado un viejo anhelo: la compra de la antigua casa de la calle de la Gloria, donde viviera su abuelo y donde él había nacido. Pero también hay amigos que le ayudan: le ofrecen la dirección remunerada del periódico *El Omnibus*, que acepta y, un año después, en 1857, posiblemente la mano amiga del presbítero Narciso Barreto es la que propicia su contrato con el cabildo catedral para hacerse cargo de la capilla de música, lo que le obligaría a componer diferentes piezas para las funciones litúrgicas. Entre éstas figuran

dos “Pasiones” para coros y orquesta, que se ejecutarían en Semana Santa; pero una de las piezas religiosas suyas más interpretada fue la tercera misa, la “Misa en si bemol”, compuesta para dos voces y banda por encargo del Conde de la Vega Grande y estrenada en la Concepción de Jinámar en 1858, obra cuyo acompañamiento arregló luego para orquesta y que fue interpretada muchas veces en la catedral.

En 1859 constata cómo sus recursos como docente musical privado habían disminuido ya notoriamente debido a la guerra que le hacía el profesor de piano Daniel Imbert, a quien apoyaban numerosos amigos y favorecedores, lo que le obliga a aceptar la dirección remunerada de otro periódico más: *El Canario*. Esta derivación hacia las letras venía abonada también por el desánimo que le producía comprobar el poco entusiasmo de algunos elementos filarmónicos que él mismo había formado. Así escribe que, en aquel año, las exigencias de la capilla musical catedralicia y la falta de fondos para traer música le obligaron a componer un “Miserere” sólo a 2 voces, arreglado a la escasa habilidad y conocimientos de los cantores, que no querían aprender a solfear y todo lo cantaban poco menos que de memoria. Su actividad al frente de la orquesta había disminuido bastante, y al entrar el año de 1860 no puede menos de recapacitar con realismo su situación, escribiendo: *A pesar de todos estos trabajos miraba yo con tristeza el porvenir. Las discípulas escaseaban, el Colegio de Señoritas iba a desaparecer, la familia aumentaba y la vejez se me ofrecía rodeada de privaciones y hasta de miseria. Aquí nadie apreciaba mi*

laboriosidad incansable, ni los servicios que había prestado creando gratuitamente una orquesta y una banda, sosteniendo los intereses del país en cuantos periódicos se habían publicado (...) Era preciso buscar otra cosa (...), abandonar la existencia azarosa del periodismo y la inestabilidad de la música y conquistar una posición estable e independiente de los caprichos de la moda y de las eventualidades de la fortuna.

Fue entonces cuando comprendió el empeño de su padre al hacerle estudiar el notariado y, aconsejado por su viejo mentor don Manuel Sánchez, compró su título, revalidó sus estudios, hizo las prácticas necesarias y comenzó a trabajar en el despacho de éste para ponerse al día. Sin embargo, continuó impartiendo lecciones de música hasta que llegó de Madrid el título de notario, que fue el 27 de julio de 1861: ese mismo día se despidió de los periódicos y de sus discípulos, y sólo por patriotismo continuó con la dirección de la orquesta y de la capilla de la catedral. Mas las gotas que colmarían el vaso de su amargura, como músico de vocación frustrada por aquel ambiente mediocre, aún no habían terminado de caer.

IV

Hay todavía, en efecto, un período de cinco años en los que la creciente actividad de Millares como notario y el auge económico que ello le reportaría no serían causa suficiente para desvincularse del arte de su verdadera vocación. Todavía creía que tenía mucho

que dar a su patria chica. La evidencia de que ésta no le consideraba indispensable en la música tardó en digerirla a base de nuevos disgustos.

El primero ocurrió en 1862, con motivo de la gran Exposición Provincial. El alcalde López Botas, amigo suyo, designó la correspondiente Junta Organizadora en la que Millares, entusiasta patrocinador de la idea a través de una larga campaña periodística, esperaba participar como representante de la música y del periodismo; pero se olvidaron de él. Cuando repararon en el lapsus y fueron a visitarle, se negó a colaborar lleno de resentimiento, y sólo la visita personal de López Botas y sus ruegos y disculpas consiguieron que participara organizando dos conciertos conmemorativos de los actos. Compuso entonces y estrenó una "Sinfonía" a toda orquesta, y también una gran "Aria para bajo y orquesta" dedicada a Fernando Peñate, cantante insular que acababa de regresar de Madrid, en cuyo conservatorio había terminado sus estudios de canto. El 7 de junio tuvo lugar el segundo concierto, en el que se cantó, acompañada de orquesta, la romanza de tiple de su zarzuela "Pruebas de amor".

En mayo de 1864 se estrena en la catedral, durante la Semana Santa, una nueva obra de Millares: el gran "Miserere a 4 voces y orquesta"; es una de sus últimas obras religiosas. Abordaría aún la composición de una "Misa en mi bemol a tres voces y orquesta", cuyo borrador se conserva inconcluso, porque lo cierto es que no tardaría en desvincularse de su compromiso con la catedral. El último concierto sacro en el que participó fue organizado durante la cuaresma de 1866

en el Gabinete Literario, y en él tuvo la satisfacción de ver debutar a su hija Dolores, todavía una niña, cantando el solo de su "Miserere", mientras desempeñaba a dúo la parte de flauta obligada don Daniel Imbert. Fue ésta, sin duda, la colaboración pública que cierra su etapa de músico profesional, y su nuevo acercamiento al Gabinete Literario tiene la siguiente explicación:

López Botas había sido nombrado presidente del Gabinete y, observando el hundimiento de las actividades culturales en este centro desde la marcha de Millares y también que las actividades filarmónicas de éste eran cada vez más infrecuentes, le visita y convence para tratar de revitalizar con su colaboración el centro literario. Millares es encargado de redactar unos nuevos estatutos y de volver a traer la orquesta. Nuestro músico redacta el proyecto de reglamento, éste es aprobado tal cual él lo proponía y comienzan de nuevo en el Gabinete las veladas literarias y musicales que nuestro protagonista, a pesar de sus apremiantes ocupaciones, contribuye en gran medida a sostener con tanta constancia como desinterés.

Reunidos todos los elementos, el 24 de febrero de 1866 tiene lugar la primera velada, en la que Millares Torres estrena y dirige una obertura suya a toda orquesta y lee discursos y poesías por él elaboradas. En el segundo concierto ejecuta la "Obertura" y una "Fantasía a toda orquesta" de su composición. En ambos actos intervienen, además, otros músicos que no eran ciertamente de su cuerda, como Daniel Imbert, con quien se ha establecido una tregua de cola-

boración para, aglutinando fuerzas, llevar a buen puerto el proyecto de López Botas. Al final de este segundo concierto se ejecuta un cuarteto de cuerdas en el que Millares Torres asume la parte de violín principal. Todo acaba muy bien: los músicos han vuelto al Gabinete y parece que el futuro se presenta sin problemas. Millares ignoraba entonces la intriga que se fraguaba para desvincularlo definitivamente de la iniciativa musical. La cruel “recompensa” a su abnegada labor y a su desinteresada colaboración la justifica nuestro propio protagonista en sus Memorias con las siguientes palabras:

“Disgustado don Fernando Peñate con el Gabinete porque después de mis zarzuelas no lo habían nombrado socio de mérito; odiando a la misma Sociedad don Nicolás Navarro Jostino, novio y marido luego de mi discípula María Torres, porque en 1861 le habían borrado del número de sus socios por cuestiones relacionadas con un folletín de El País; deseando don Daniel Imbert y don Eufemiano Lorenzo y Jurado heredar la dirección de la orquesta y, por último, ambicionando don Diego Mesa de León crear un centro musical que estuviera a sus órdenes, formaron el proyecto de crear una Sociedad Filarmónica, prescindiendo por completo de mí, de mi familia y de aquellos de mis más íntimos amigos que tomaron parte en la orquesta. Formóse el reglamento, se creó la Sociedad con socios activos y pasivos, y después que estaba funcionando se tuvo la villana hipocresía de convidarme para que ingresase en ella, como si se tratara de un cualquiera y no del hombre que gratuitamente

había enseñado a todos los que manejaban un instrumento músico en Las Palmas, al que había fundado el periodismo canario, al historiador de su ingrato país, y al honrado, laborioso y desinteresado isleño que siempre en la brecha había contribuido a toda mejora beneficiosa a esta isla.

Semejante conducta me indignó de tal manera que, a pesar de mi carácter débil y dado a olvidar las injurias, esta ingratitud, cuando la recuerdo y cualesquiera que sean los años transcurridos, parece renovar la ofensa y sentirla siempre tan viva como el primer día."

Fingir la creación de una Sociedad Filarmónica distinta fue el ardid del que se valieron los envidiosos para desplazar de su camino a Millares Torres. Pero tal superchería era y es todavía hoy insostenible: se trataba de los mismos socios y de los mismos músicos, e incluso, en el primer artículo de los nuevos estatutos, se manifiesta literalmente que el sello de la sociedad será el mismo que se había venido usando hasta entonces. Comienza en 1866, pues, una nueva etapa para la Sociedad Filarmónica fundada en 1845, de la misma manera que comenzó otra en 1855 y otra más en 1944, siempre tras épocas de crisis y de desánimo. Lo cierto es que Millares Torres, justamente despechado, se propuso no volver a dar ni un solo gramo más de su talento musical para su tierra. Su actividad correría en el futuro por otros derroteros intelectuales y, musicalmente, limitada sólo al recinto de su vida privada. Mas no paró ahí por eso el compositor, ni

cumplió tampoco tan a rajatabla ese propósito, como veremos a continuación.

V

Desde 1866 olvida, pues, Millares Torres la música por muchos años, y se dedica por entero a su trabajo y a su familia. Su actitud frente a la Filarmónica fue de apartamiento total, afirmando que no asistió a concierto alguno de los que ésta organizaba y añadiendo: *el público, a quien tantos servicios gratuitos había prestado, ni siquiera notó mi ausencia*. Su labor literaria como poeta, orador, novelista, ensayista e historiador se plasmará a partir de ese momento en un verdadero caudal de obras que, a través de su *Historia de la Inquisición en Canarias* y la *Biografía de canarios célebres* le conducirán a la cúspide de su tarea: la magna *Historia general de las Islas Canarias*, aportación cuyo enorme mérito no necesito ponderar aquí.

Al iniciar esta nueva etapa, su familia había aumentado considerablemente. Había perdido de siete meses a su primogénito Gregorio y de siete años a su primera Manuela. Le sobrevivían Dolores, María, la segunda Manuela y los varones Luis y Agustín, los reputados "Hermanos Millares" de nuestra literatura. Aún nacerían la primera Francisca, que falleció pronto, Encarnación, la segunda Francisca y Rosa. Se cuidó muy bien Millares Torres de que ninguno de sus hijos tomara la música como profesión; pero a todos ellos les educó en el disfrute de la buena música y les dotó

del gusto por hacer música en casa. Las hijas se adiestraron en tocar el piano y en el canto, artes en las que varias de ellas descollaron muy notablemente, y a los varones les enseñó a tocar, como luego veremos, instrumentos de cuerda: a Luis el violoncelo y a Agustín la viola.

A partir de 1872 comienza a dar en los salones altos de su casa reuniones literario-musicales, a las que convidaba sólo a muy escogidos amigos: Amaranto Martínez de Escobar y su hermano el clérigo Emiliano, el violinista amateur Francisco Doreste de los Ríos, que era relator de la Audiencia, etc. Allí se leían versos, se discutía, se charlaba y se hacía música. Sus hijos Luis y Agustín recordarán haber escuchado todo cuanto acontecía en estas reuniones, subrepticamente sentados en los escalones de la escalera que conducía al piso alto.

En 1874 tiene lugar el conocido episodio de la censura pública emitida por el obispo Urquinaona contra Millares Torres a propósito de su obra *Biografía de hijos ilustres de Canarias*, edicto que se leyó en todas las parroquias de la isla el 10 de mayo de dicho año. Cuatro días después intervendría Millares en un acto público celebrado en el teatro en pro de los heridos de la guerra carlista, leyendo una poesía de exaltación librepensadora que provocó una escandalosa y unánime adhesión del público hacia su persona. Este hecho debió hacerle recapacitar sobre su actitud frente al público como músico, y así se decide al año siguiente a escribir el libreto y la música de una nueva zarzuela, "Un amor imposible", que consiente sea re-

presentada por aficionados en el Liceo de Las Palmas el 16 de mayo de 1875, lo cual se verificó con notable éxito, repitiéndose a los pocos días. No obstante, se retraerá a continuación, evitando repetir la experiencia. Sus apariciones en público serán para leer discursos, poesías y ensayos, y seguirá manteniendo el contacto con éste a través del periodismo, de sus novelas y de sus obras de investigación.

Cuando venían a Las Palmas compañías de ópera y zarzuela, solía llevar a sus hijos, para que apreciaran el arte. Estos observan en sus recuerdos cómo su padre se apasionaba en el teatro. Cuando, por ejemplo, por aquellos años vino a cantar la compañía del tenor Patrovich con las tiples Virginia Tili y la Gondosa, el público se dividió en dos bandos: el de la Tili y el de la Gondosa; cuenta Agustín Millares Cubas: *Mi padre pertenecía al primero, y algunas veces llegaba a casa ronco de tanto gritar...*

Por su casa desfilaban también una serie de cantantes amateurs que amenizaban las veladas, acompañados al piano por su hija María. Este ambiente musical creciente en el seno de su familia propició la decisión, a partir de 1876, de que sus hijos aprendieran instrumentos de arco, como hemos apuntado ya. Su hijo Agustín nos detalla los pormenores de las primeras lecciones, consistentes en aprender la posición y a pasar el arco, y dice de su padre: *Provisto de poca paciencia, se desesperaba con mi torpeza (...) Se le pidió a mi tío-abuelo Cristóbal una vetusta viola y, con algunas lecciones más, sin haber salido aún de la primera posición, mi padre nos admitió en sus conciertos.*

Millares Torres se tomó entonces el increíble trabajo de arreglar para pocos instrumentos y a las posibilidades de sus hijos un sinnúmero de partituras de óperas de Verdi, Meyerbeer y hasta de Wagner, para que estuvieran al día, y finalmente, imbuido de impaciencia, obligó a los muchachos a tocar con él los tríos y cuartetos de Beethoven, Haydn y Mozart. De segundo violín actuaba Nicolás Navarro Doreste, novio entonces y después marido de su sobrina Luisa Díaz Millares, cuyo matrimonio propiciaría más tarde, merced a su colaboración y gran entusiasmo, la producción por Millares Torres de nuevas zarzuelas.

En 1878 llega a Las Palmas contratado para dirigir la orquesta de la Sociedad Filarmónica el maestro Bernardino Valle, joven violinista y compositor discípulo de Arrieta en Madrid, y se instala en una casa vecina a la de Millares Torres en la calle de la Gloria. Entre ambos músicos se iniciará una sólida amistad y colaboración, algunos de cuyos pormenores detallaré más abajo. Los hijos de nuestro músico estudian en años sucesivos sus respectivas carreras de Medicina y Derecho y Filosofía en Barcelona, y la música familiar se intensifica con tríos y cuartetos de Beethoven cuando éstos regresan cada verano. Estamos a comienzos de la década de los ochenta, a mediados de la cual terminan sus estudios los hijos varones y vuelven definitivamente a Las Palmas. Ocurre entonces una eclosión de experimentos teatrales entre la juventud, siendo el núcleo la casa de Luisa Díaz Millares y de su marido, Nicolás Navarro. Allí estrena Luis Millares Cubas sus primeros dramas románticos, y esto propi-

cia la idea de iniciar representaciones teatrales en el gran salón de la casa de Agustín Millares Torres. Es entonces, en ese año, cuando el músico exhuma sus viejas zarzuelas "Pruebas de amor", "Elvira" y "Un disfraz", las cuales se representan allí por sus hijos, sobrinos y amigos y sin más acompañamiento que el de Bernardino Valle al piano y el propio autor al violín. Nicolás Navarro lució su impresionante vis cómica y Luis y Agustín se destaparon como eficaces y artísticos tenor y barítono, respectivamente.

Ante estas posibilidades despierta de nuevo el compositor, arrastrado sin duda por el entusiasmo de los jóvenes. Ese mismo año de 1886 compone el primer acto de una ópera, "Blanca"; pero luego abandona la idea del drama totalmente musicalizado y, al año siguiente, convierte la obra en zarzuela, la cual, concluida y ensayada, fue estrenada en su domicilio con un más complicado acompañamiento: 2 violines, violoncelo, piano y órgano. A finales del mismo año estrena en iguales circunstancias otra nueva zarzuela, "Adalmina", cuya acción tiene lugar en Gran Canaria en tiempos de la conquista. Por entonces, y a causa de un disgusto que tuvo Bernardino Valle con Agustín Millares Cubas, Millares Torres no se atreve a pedirle el favor de que participe activamente en estas funciones, cuya parte de piano sería asumida por el compositor José García de la Torre, actuando como instrumentistas de cuerda el notable violinista José Avellaneda y los componentes de su incipiente cuarteto.

En 1888 compone y estrena "El misterio de la vida", sobre texto de su hijo Luis Millares Cubas, y

luego escribe un par de libretos de zarzuelas que no llegó a elaborar musicalmente, pues su idea, según parece, era componer una ópera española. Empezará esta tarea en 1890, concluyendo en octubre el manuscrito para canto y piano de su ópera en tres actos "Abnegación" e iniciando seguidamente la instrumentación de la misma. Mas sólo culminó la orquestación de los tres primeros números, porque, tal vez menoscabado por el avanzado estado de sus cataratas, se vio imbuido de un gran desánimo, y ya no volvió a componer.

En sus últimos años, y hasta el último mes de su vida, no dejará de anotar, con letra temblorosa, las noticias más relevantes en sus manuscritos "Anales para la historia de Canarias", ni los acontecimientos personales de mayor interés en su libreta de "Notas y recuerdos"; pero, según declara su hijo Agustín, se sentía triste y desilusionado. Nuestro infatigable artista e investigador falleció en Las Palmas el 17 de mayo de 1896, y su sepelio constituyó una impresionante manifestación de homenaje popular.

VI

Fue Millares Torres un músico nada vulgar. Sus zarzuelas poco tienen que ver con el género casticista y populachero tan en boga en la España de su época, pues su música no incide en absoluto en lo popular. Se trata de una creación diáfana, de corte italianizante, siguiendo los pasos de Rossini, Bellini y Donizetti y

con ulteriores incursiones en la órbita lírico-dramática de Meyerbeer. Millares Torres fue testigo y admirador de las conquistas que habían hecho los italianos en el campo de la melodía en la primera mitad del siglo XIX, y fue éste el derrotero musical que escogió para sí, habiéndose producido como melodista fácil, ocurrente y correcto. Por otra parte, sus orquestaciones son diáfanas, brillantes y bien contrastadas, pues inserta con justeza acordes enérgicos y episodios dramáticos que realzan considerablemente la dulzura de las partes líricas: era en verdad un gran conocedor de las posibilidades de la composición y de la orquesta, por más que algunas de sus obras aparezcan a veces mediatizadas por la necesidad de adaptarse a las limitadas posibilidades de quienes habían de ejecutarlas. A su música hay que encuadrarla mayoritariamente, pues, en la corriente melodista de tendencia italianizante propia de la producción española de la década central del pasado siglo. Las zarzuelas de Millares Torres, con sus libretos románticos de extraordinaria finura y adornadas de una música tan apolínea, son pequeñas joyas de cámara cuya recuperación bien merecería un esfuerzo.

Y no quiero finalizar sin referirme a otra faceta de nuestro compositor que, en relación con el tema de la música, encierra un alto interés para nosotros: su labor musicográfica, que fue breve, pero fundamental. Ésta abarca dos perspectivas: la testimonial y la investigadora. Entre los trabajos musicográficos testimoniales de Agustín Millares Torres destacamos cuatro reseñas biográficas importantes: Los "Apuntes biográficos

de don Cristóbal José Millares”, publicado en la revista *El Museo Canario* el 22 de marzo de 1882; la biografía del compositor tinerfeño Eugenio Domínguez Guillén, incluida en su obra *Biografías de canarios ilustres*; la semblanza de Teobaldo Power, publicada tras el fallecimiento de éste en el periódico de Las Palmas *El Liberal* el 23 de mayo de 1884, y un artículo sobre Saint-Saëns en Las Palmas que, bajo el título de “Un desconocido en Las Palmas” publicó en francés en la *Revue Bleue* de París el 17 de mayo de 1890, artículo que, traducido al castellano, reprodujo en Las Palmas *El Liberal* el 6 de junio del mismo año.

En cuanto a su labor de investigación, a la que hay que encuadrar en el marco de la incipiente musicología española (uno de cuyos promotores fue precisamente su maestro en Madrid Baltasar Saldoni), es preciso considerar el gran cúmulo de datos musicales vertidos en sus “Anales para la historia de Canarias”, que se conservan manuscritos en el Museo Canario. La cantidad de noticias musicales de todas las islas aquí vaciadas es indispensable para los actuales investigadores, y muy especialmente a la hora de reconstruir lo acontecido en el siglo XIX. Existe también en el Museo Canario, finalmente, otro manuscrito suyo de primordial interés: “Noticias musicales sobre la capilla de música de la catedral de Las Palmas y nota de obras de profesores canarios antiguos y modernos, recogidas y coordinadas por Agustín Millares, 1880”, cuaderno en folio al que siguió añadiendo notas en años posteriores y que representa, por su enjudioso contenido, el primer intento musicológico serio reali-

zado en nuestro Archipiélago, pues al extracto de actas musicales catedralicias desde el siglo XVI al XIX se añaden listas de obras de determinados compositores canarios y también, por ejemplo, un capítulo sobre la música en Tenerife con datos de primera mano. La noticia sobre algunos antiguos músicos notables de la catedral de Las Palmas debió llamarle ya la atención en su juventud, a través de lo que comentaría su padre sobre ello. Esto explicaría las vagas referencias sobre los mismos recogidas por Saldoni probablemente de boca de su discípulo en Madrid e incluidas luego en su célebre *Diccionario de efemérides de músicos españoles*.

A manos de éste llegó también una autobiografía musical de Agustín Millares Torres escrita al final de la década de los cincuenta, la cual publicó íntegramente en dicho *Diccionario*. Se trata de un currículum y relación de méritos elaborado acaso en un momento difícil, en el que tal vez pensó nuestro músico darse a conocer para marcharse de su tierra. Si lo hubiera hecho, España habría ganado sin duda un buen compositor y un magnífico erudito; pero permaneció en Canarias para marcar con su obra nuestra historia y sacrificó sin duda otras posibilidades de su gran talento, para mayor gloria de nuestras Islas.

DISCURSO
DE
LOLA DE LA TORRE

SEÑORES ACADÉMICOS:

SER designada por esta Real Academia Canaria de Bellas Artes, en mi primera actuación en ella, para hacer la recepción de su nuevo miembro Lothar Siemens Hernández, no es sólo un honor para mí, sino también una de las mayores satisfacciones que he recibido en mi largo camino musical.

Me une a este nuevo académico –además de los lazos familiares, para nosotros tan entrañables– la circunstancia de haber sido una de las personas decisivas en su dedicación a la música. Primero tuve la intuición y después la convicción de que aquel adolescente a quien adiestraba en lecturas y dictados musicales y en el arte del canto, era una gran promesa en el porvenir de la cultura musical de nuestras islas, cuando menos. Hoy, pasados veinticinco años, no sólo es una personalidad en nuestras islas, sino también en España y en el ámbito internacional de la ciencia musicológica.

Lothar nació en *Las Palmas de G.C.* en 1941; pertenece a una familia de muy arraigadas aficiones musicales. Muy niño comenzó sus estudios musicales en la

Academia de la Sociedad Filarmónica que dirigía entonces el compositor Gabriel Rodó. Aprendió a tocar el violín con el profesor Agustín Conchs; pronto formó parte de la orquesta juvenil que se organizó con los mejores elementos del alumnado. Al llegar a la edad necesaria se interesó por aprender el arte del canto. Estudió el repertorio de arias del barroco italiano y enseguida se despertó su interés por la antigua música vocal española. En aquellos años acumuló experiencias y conocimientos que le proporcionaron un fino sentido de la técnica vocal, que le ha sido muy útil, más tarde, en su vocación de compositor.

En el año 1957 fue un activo promotor de la organización de las Juventudes Musicales de Las Palmas. Aquel empeño no logró tener el resultado que deseábamos, entre otras causas, sin duda, por la ausencia de Lothar al comenzar su vida universitaria. Cursó sus primeros estudios de Filosofía y Letras en Madrid y continuó los siguientes en la Universidad de La Laguna. Fue durante su estancia en Madrid donde se iniciaron sus tareas de investigación histórico-musicales.

Pocos años antes habíamos comenzado mi marido Juan Manuel Trujillo y yo nuestros trabajos en los archivos musical e histórico de la catedral de Las Palmas. Nos llevó a ellos el interés que teníamos por conocer noticias sobre la supuesta estancia en la catedral canaria, como maestro de capilla, del célebre compositor español Sebastián Durón, organista y maestro de la Capilla Real. Conocimos entonces que no fue aquel compositor quien estuvo en Las Palmas,

sino un hermano suyo, Diego Durón, que fue maestro de la capilla de música de la catedral de Santa Ana durante más de cincuenta años. Por las actas capitulares, supimos que en 1685 había sido llamado a dirigir la capilla de música de la catedral de Burgo de Osma (Soria), y hasta allí llegó Lothar Siemens a primeros de abril de 1960 en su primer viaje de futuro musicológico para conseguirmos datos sobre nuestro maestro de capilla.

De aquel viaje al Burgo de Osma nacieron sus primeros trabajos en el camino de la Musicología. Aprovechó sus primeras indagaciones para escribir sobre el ya conocido compositor Sebastián Durón, por haber encontrado en aquella catedral noticias desconocidas hasta entonces sobre él, noticias que fueron publicadas en la única revista que se editaba entonces en España sobre la especialidad: el *Anuario del Instituto Español de Musicología del C.S.I.C.*

Después de una estancia en Londres, Lothar Siemens marchó a Alemania, donde cursó las especialidades de Musicología, Etnología y Prehistoria en la Universidad de Hamburgo. A su regreso de Europa contrajo matrimonio en Funchal (Madeira) con Liliana Barreto, también universitaria valiosa de la Universidad de Lisboa. Ella ha sido su colaboradora perfecta: su inteligencia y su cultura le han permitido compartir con su esposo un mismo ambiente de inquietudes y realidades.

Para completar la biografía del nuevo miembro de esta Real Academia Canaria de Bellas Artes hay que recordar que es también un hombre que comparte sus

inquietudes y sus trabajos musicales con sus muy importantes labores mercantiles, a las que su familia paterna se ha dedicado durante muchos años. Lothar Siemens Hernández, el musicólogo y compositor es, además, un generador de asuntos comerciales. Un auténtico ejemplo de doble personalidad.

Su larga lista de trabajos musicológicos demuestra que ha utilizado su tiempo de modo sorprendente: más de cincuenta publicaciones eruditas y musicográficas, junto con más de veinte obras musicales para coros, instrumentos y cantantes solistas forman, hasta ahora, sus actividades en el campo de la música. Estoy segura que su obra como activo promotor de empresa no tiene menos importancia.

Me parece que ésta es la ocasión de dar a conocer una de sus primeras intervenciones de importancia internacional en el campo de la musicología, porque en ella revela ya su interés por nuestra cultura isleña. Siendo todavía él estudiante en la Universidad de Hamburgo, el Profesor Hans Hickmann recibió el encargo de la Compañía Deutsche Grammophon de grabar en España una colección de discos de antigua música española. Para realizar tan importante labor, el Profesor Hickmann escogió a su alumno Lothar Siemens como organizador y director de ella, convencido de que sus conocimientos y facultades eran adecuados para afrontar tan comprometido empeño. No voy a descubrir hoy la importancia que ha tenido aquel programa discográfico que dio a conocer mundialmente a compositores españoles de los siglos XVI, XVII y XVIII, hasta entonces casi desconocidos. Quiero espe-

cialmente dar relieve a la circunstancia de haber sido Lothar Siemens el organizador y realizador técnico de aquella labor de cultura internacional. Por su autoridad y por su voluntad fue posible la grabación de obras de compositores que fueron maestros de capilla en la catedral canaria en los siglos XVII y XVIII, completamente desconocidos hasta entonces fuera de nuestras islas, y que al figurar sus obras en aquel magnífico programa discográfico han pasado a formar parte en la lista de compositores europeos de indiscutible valor. Junto con ellos, también nuestras islas existen desde entonces entre los países que contribuyen a formar la Historia de la Música europea.

A partir de aquella labor Lothar Siemens no ha cesado de investigar y escribir sobre temas de gran interés histórico y musicológico, situándose su personalidad en la vanguardia de los musicólogos españoles. Hoy es el vicepresidente de la Sociedad Española de Musicología, de la que ha sido socio fundador. Desde 1967 pertenece a la Junta Directiva de El Museo Canario de Las Palmas, siendo ahora el tesorero de su Patronato. Al fundarse en Las Palmas el Consejo Provincial de Cultura en 1979 fue nombrado por unanimidad su presidente. Pertenece al Instituto de Estudios Canarios de La Laguna desde el mismo año 1979 y es miembro correspondiente por la ciudad de Hamburgo de la Real Academia Española de la Historia. En 1983 recibió el Premio del Presidente del Gobierno Autónomo de Canarias, por su labor cultural. Inició, como ya se ha dicho, su colaboración literario-musicológica desde muy joven en el Anuario Musical que publica el

Instituto Español de Musicología, y ha seguido haciéndolo asiduamente en otras revistas especializadas; entre otras: la Revista de Musicología de la Sociedad Española de Musicología y el Anuario de Estudios Atlánticos del Consejo Superior de Investigaciones Científicas de Madrid.

Creo que la llamita que prendió en el espíritu disciplinario y entusiasta de Lothar Siemens, llevándolo por el camino –que para él ha sido tan fácil– de la ciencia musicológica, fue su aproximación a la tarea en que Juan Manuel y yo trabajamos durante tanto tiempo en los archivos de la catedral de Las Palmas, por los que descubrimos un mundo insospechado de la vida musical de nuestras islas. Estábamos seguros de que Lothar sería con el tiempo un valor positivo en las actividades musicales canarias, desde que era un estudiante jovencito. Pero nada más insospechado para mí entonces que al pasar el tiempo había de ser elegida, algún día, por tan ilustre corporación cultural de nuestras queridas islas, a las que me honra pertenecer, para saludarle como miembro de ella.

BAJO EL PATROCINIO DE LA
VICECONSEJERÍA DE CULTURA Y DEPORTES
DEL
GOBIERNO AUTÓNOMO DE CANARIAS,
SE TERMINÓ DE IMPRIMIR ESTE DISCURSO
EN LOS TALLERES DE
ARTES GRÁFICAS SOLER, S. A.
DE LA CIUDAD DE VALENCIA,
EL 4 DE SEPTIEMBRE DE 1989

LAUS ☩ DEO